

RELATO A

Seudónimo: Sara Marco.

Marco.

- Desembucha. ¿Qué es lo que lleva a un loco como tú a cometer tal barbarie, rata de cloaca? – El inspector, famoso y condecorado en la ciudad, me mira con su media sonrisa. Está disfrutando con su interrogatorio grosero y con la seguridad de que nada va a poder salvarme. No se molesta en disimularlo.

Tampoco yo. Silencio. Me siento como en una pesadilla, y me limito a escuchar, esperando despertar de un momento a otro.

- De acuerdo, primero lo intentaremos por las buenas... Garrido, tráiganos a mi y a mi amigo – jamás he escuchado a alguien decir esa palabra con más ironía – un coñac, del bueno. – dice por teléfono el inspector.

Ya con el alcohol servido, el inspector me mira perdido en sus pensamientos.

Probablemente esté buscando la manera más cruel para sacarme todos los detalles, y se siente tan superior...

Lamentablemente, lo es. ¿Qué puede salvarme de un intento de homicidio?

Solo hay silencio.

Todo empezó aquel día de invierno bañado de luz azul y de frío. El día del casting. En cuanto pisó el escenario supe que era él. No necesitaba pruebas de voz, ni comprobar su planta en escena, ni... Era él. Él sería el protagonista de mi película. Una película que sería un éxito de taquilla, un bombazo que me situaría todavía más alto. El mejor entre los mejores. No necesitaba más. Su mirada prometía el alma limpia y un futuro por descubrir. Sus ojos de un verde mágico y su pelo alborotado, de un negro intenso, se combinaban formando la belleza más pura. Una belleza que producía en mí cierto nerviosismo. Algo se encendía en mi interior cuando aquel joven nos dedicaba al jurado su sonrisa cálida y humilde, a la par.

El rodaje empezó dos semanas más tarde. Me sorprendía a mi mismo encontrando a aquel actor novato cada día más especial. Yo, un inconformista innato. Alguien a quien nunca nada le bastaba. “Un culo de mal asiento”, como solía decir mi madre.

Su voz ronca, su barba de tres días, su forma de vestir, su naturalidad en pantalla, su humor espontáneo...

Muchas veces durante aquellos días me veía a mi mismo, reflejado en cualquier espejo, sonriendo y asintiendo a sus palabras, a veces sin ni siquiera saber de qué me estaba hablando.

Los días transcurrían así. Largas horas de rodaje y llegar a casa a la hora de cenar, justo para pasar un rato con mi mujer, que me echaba de menos constantemente y mi hijo de 16 años. “Los tres mosqueteros”, solíamos decir. Por aquella época ya no recordaba lo que era estar enamorado, si es que alguna vez lo estuve, pero nunca me planteé el abandonarles. El cariño persistía. Hablábamos de cómo había transcurrido nuestro día, de nuestros amigos, de lo gracioso, de lo nuevo... de todo. Menos de él. Jamás hablé de Marco a mi familia.

Dos meses después, con mi film a mitad y la primavera ya cerca, empezó nuestra aventura. Nuestro secreto. Yo tenía ya una vida construida, una familia orgullosa de mí, un nombre en el mundo del cine y una fortuna a mis pies. Marco era solo un entretenimiento, una locura, o eso es lo que yo quería creer. En mi interior, siempre

supe que estaba loca e irremediablemente enamorado de él. Al principio nos conformábamos con unas horas juntos o con sentirnos cerca simplemente, aunque hubiera más gente. Mirarnos y decirnos mil cosas en silencio. Pero luego eso no bastaba, no era suficiente. Nos veíamos a escondidas en los descansos, a menudo les decíamos a los compañeros de rodaje que nos quedábamos ensayando algunas noches en el plató e incluso llegué a inventarme viajes de trabajo. París, Roma, Nueva York... Los lugares con los que siempre había soñado pero para los que nunca saqué tiempo o ganas en mi pasado, los visité con él.

¿Has oído hablar de eso que dicen que cuando uno vuelve de un viaje se siente más sereno y que ayuda a ver la propia existencia? De dónde venimos, adónde vamos y si se es feliz. Bien, pues yo era feliz, más que en toda mi vida.

Adoraba cada parte de su cuerpo, cada gesto y cada palabra que salía de su boca. Nunca se lo dije, pero él lo sabía de sobra. Cuando no estaba con él me sentía vacío y me faltaba el aire. No respiraba como es debido. Con Marco descubrí el amor.

- Pero... ¿qué pruebas tienen ustedes? - Pregunto. Tal vez esperanzado, por si no tienen donde basarse, tal vez intrigado o tan angustiado que solo quiero saber qué es lo que está ocurriendo, y cómo y cuando terminará todo éste infierno.
- ¿Que qué pruebas tenemos? – El inspector emite una falsa carcajada. Parece estar imitando al típico personaje malvado de una película de dibujos animados y se siente orgulloso. – Pobre desgraciado... no sabe nada. Garrido, - vuelve a dirigirse a su compañero por el megafonillo – haga pasar al testigo...

Se abre la puerta. Entra una ráfaga de aire helado del gran pasillo principal de la comisaría, acompañada por un chirrido de la vieja puerta de madera desgastada y por mi hijo. Mi hijo que sufre en silencio desde hace tiempo. Mi hijo furioso de rabia y de rencor, con ganas de venganza. Un hijo avergonzado de su padre.

- Explícale a tu papaíto cómo se sucedieron los hechos. Parece haberse olvidado – dice el sarcástico inspector dirigiéndose a mi hijo – refréscale la memoria, anda...

Pausa. Mi hijo todavía no me ha mirado a la cara. Se siente perdido.

- El tipo entró borracho como una cuba a nuestra casa – dice, cuando se decide a hablar, tratando de mantener la compostura – probablemente saltando la verja, o quién sabe si ya tenía su propia copia de la llave. Hay tantas cosas que no sé... La cuestión es que apareció allí y todos parecíamos desconcertados. Hasta él – dice, señalándome con la cabeza – Se ve que el actor le enseñó su oficio, entre otras cosas. Pero a medida que aquel joven subía las largas escaleras de mármol del jardín trasero, le vi descomponerse poco a poco. Aquel hombre del que estuve orgulloso un día, se derrumbó de golpe cuando lo comprendí todo. Até cabos y llegué a la conclusión; mi padre nos había estado engañando a todos. Minutos más tarde, mi teoría fue confirmada. “llevamos juntos desde hace años”, fueron las palabras de su amiguito. Tras aquello, mi padre, fuera de si, se abalanzó sobre él, empujándole y lanzándole escaleras abajo. Y sabía en qué desembocaría aquella caída. Todos lo supimos.

Estrenamos la película en pleno verano. Tuvo tanto éxito como imaginé desde el principio. Aquel verano Marco fue el más nombrado en las revistas. Asombraba a todos con su belleza y su forma de ver la vida. Y decepcionaba a muchas mujeres cuando reconocía su homosexualidad. “No hay nada que esconder”, decía. Pero ambos, en

nuestra discreta intimidad, sabíamos que si lo había. Tenía pretendientes en todos los lugares, mucho mejores que yo, pero él nunca se lo planteó. Me amaba a mí.

Con el tiempo todo fue un poco peor... bueno, bastante peor. Surgieron rumores, que yo tapaba o negaba como podía. “Van siempre juntos”, decían los titulares de la prensa rosa. Ya ni siquiera sacaba tiempo para asistir a los partidos de mi hijo, al que cada vez notaba más lejos de mí. Estaba creciendo y yo me lo estaba perdiendo. Mi mujer se hacía la tonta, “¿Dónde te metes últimamente?”, me preguntaba. Como si no lo supiera. Pero yo no podía hacer nada. No podía.

Dos años más tarde, en una mañana de mayo Marco me dijo que no aguantaba más. “Quiero poder cogerte de la mano al caminar por las calles, quiero que alejes tu inseguridad, quiero irme a comprar una maldita camisa y que tú me acompañes, quiero que dejes de pensar en los demás, quiero conocer a tu hijo, y no a través de otra mentira más, quiero que me quieras sin miedo. Quiero decirle al mundo entero que estamos juntos, que te adoro... Estoy harto, no puedo más con esto...”, decía. Me daban pánico sus palabras, y mil escalofríos recorrían mi cuerpo ante la frase “no puedo más”. Parecía haberse estado guardando todas esas palabras durante aquellos años en un armario enorme que cerraba con llave cada vez. Pero esa cerradura, ya demasiado vieja y oxidada, cansada de tanto tiempo, había estallado. ¿Y qué tenía que hacer yo? ¿Decirle a mi mujer que jamás le había amado? ¿Decirle a mi hijo que su padre era maricón? ¿Aparecer de repente en una fiesta de algún estreno llevando como pareja a mi novio? Puedes pensar que me faltaba valor, que me faltaba coraje, que no tenía fuerza, ni confianza en mí mismo, que me invadía el miedo o quién sabe... Ni siquiera yo lo sabía. Solo tenía clara una cosa: Nunca lo haría público.

Una noche, en los últimos días de abril, cuando el aire ya era cálido, cenábamos mi mujer, mi hijo y yo en la terraza, respirando el perfume del verde de nuestro frondoso jardín, cuando la atmósfera ya casi veraniega invadía la noche. Apenas hablábamos, todos sumidos en nuestros propios pensamientos. Nada iba bien, y menos cuando vimos, desde la altura de la terraza, a un hombre en el jardín, quieto y observándonos. Parecía haber bebido y lloraba desconsoladamente. Todos supimos quién era, a pesar de la oscuridad que reinaba en aquella noche donde no había luna. Intenté mantener la compostura, en un primer momento, pero se me aceleró el corazón cuando comenzó a subir las largas escaleras de piedra que le llevarían hasta nuestra mesa. Subía con dificultad mientras trataba de articular palabra... Miré a mi hijo, que me miraba pensativo e inseguro. Supe que no tardaría en comprender lo que estaba sucediendo. Miré a mi mujer, a la que se le escapaban las lágrimas, aunque trataba de evitarlo. Ella ya sabía qué estaba pasando. Lo había estado evitando durante todo aquellos meses. No quería verlo y escapaba de ello, pero el juego se había acabado, su escondite iba a ser descubierto y se sentía desgraciada. Lo supe con una mirada, y se me desgarró el alma. No lo podía permitir. Entonces es cuando lo dijo. “Llevamos juntos desde hace años”. Marco...

Fue instintivo. Ni siquiera lo pensé, no existieron segundos de reflexión, no hubo nada. Solo estiré mi mano, empujándole y produciendo una caída horrible. Y en aquel momento, en un simple minuto, me llevé una historia y unas ilusiones que podían haber durado eternamente.

De ahí en adelante, todo lo tengo borroso. Mi mujer gritaba, mi hijo llamaba a la ambulancia y Marco estaba inmóvil, inconsciente y extendido al final de las largas

escaleras de mármol. Me largué dejando allí a las únicas personas importantes de mi vida, destrozadas y humilladas. Escapé de todo, excepto de mi mismo, que era quién más pánico me daba. Pero a los días me encontraron y me trajeron aquí. A este lugar donde jamás imaginé estar. A este lugar donde aparecían los criminales de las películas, los atracadores, los ladrones, los asesinos... ¿Era yo todo eso?

Suena el megafonillo del inspector.

- Dime, Garrido. – dice.
- Verás... Resulta que acaba de llegar el tal Marco Delte, diciendo que no hay denuncia hacia el señor que estás interrogando. Que le dejemos marcharse.
- ¿Cómo? ¿Ha salido del hospital?
- Sí, parece ser que por suerte ha salido del coma...

Me da un vuelvo el corazón. El inspector se levanta y sale del cuarto, consciente de que no ganará la partida, dejando la puerta abierta. Es entonces cuando le veo, a lo lejos. Lleno de heridas, de escayolas y en silla de ruedas. Le faltan fuerzas en todas y cada una de las partes de su cuerpo, y aún así, ha venido. Ha venido para retirar una denuncia. Ha venido para salvarme. Le miro, y por primera vez, después de décadas sin derramar lágrimas, lloro. Y sus ojos verdes me observan. Y cojo su mirada, y me la guardo para siempre conmigo, porque sé que será la última. La última mirada del amor de mi vida.

Es curiosa la vida... A veces, personas que lo dan todo por el prójimo, que nunca mienten ni engañan, que solo viven dando amor, reciben castigos inmerecidos; acaban solas o en sillas de ruedas. Y otras veces, personas que engañan, personas egoístas, personas codiciosas... es decir, personas como yo, acabamos libres.